

UNIVERSIDAD DON BOSCO
FACULTAD DE CIENCIAS Y HUMANIDADES



LA IGLESIA Y EL REINO DE DIOS COMO RELACIÓN SALVÍFICA

TRABAJO ELABORADO PARA OPTAR AL GRADO DE
PROFESORADO EN EDUCACION MEDIA PARA LA ENSEÑANZA DE
TEOLOGIA PASTORAL.

PREPARADO POR: MARTA LILIAN DE LA CRUZ

SOYAPANGO, 5 DE SEPTIEMBRE DE 1996

Universidad "Don Bosco"
Facultad de Teología.

Presidente

Presbítero Heriberto Herrera

Rector

Ing. Federico Miguel Huget Rivera

Decano

Pbro. y Lic. Cesar Montenegro.

AGRADECIMIENTOS

A Dios Todopoderoso por haberme concedido el don de la vida y la gracia de finalizar con éxito mis estudios de Teología Pastoral.

A la Virgen Santísima, en su advocación de María Auxiliadora por recorrer a mi lado el camino de la vida y del aprendizaje.

A mis padres por haber contribuido en la concepción de mi vida, especialmente a mi madre por el apoyo que me ha brindado en mi vida y en mis estudios.

A la Congregación de las Hermanas Agustinas de San Nicolás por haberme concedido la oportunidad de estudiar para beneficio de ella y de los demás.

A la Universidad y a los maestros por brindarme los conocimientos no sólo intelectuales sino aplicaciones para el diario vivir; y en especial al Lic. Atiliano Gámez Jarquín por haberme apoyado tanto intelectual como espiritualmente en la elaboración del presente trabajo.

Y a todas las personas que de una u otra manera contribuyeron y apoyaron mis estudios, en especial al Pbro. y Lic. Jesús Octavio Cruz, por su apoyo incondicional.

SIGLAS

- GS Constitución Pastoral Gaudium et spes.
- DV Constitución Dogmática Dei Verbum
- LG Constitución Dogmática Lumen Gentium
- PC Decreto Perfectae Caritatis
- EN Exhortación Apostólica Evangelii Nuntiandi.

INDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN.	4
DATOS PRELIMINARES	6
1 Justificación.	6
2 Planteamiento del Problema.	7
3 Objetivos.	8
CAPITULO PRIMERO:	
EL PUEBLO DE DIOS Y EL REINO EN EL ANTIGUO	
TESTAMENTO.	
1 Dios convoca a un pueblo	9
1.1 La Vocación del Pueblo	11
1.2 Respuesta a la Vocación.	12
2 Israel el Pueblo de la Antigua Alianza	13
2.1 La Ley de la Alianza	13
2.2 El culto a Yaveh	14
3 Ruptura de la Alianza.	16
4 La Respuesta de Dios.	18

CAPITULO SEGUNDO:

JESUCRISTO, CUMPLIMIENTO DE LA PROMESA.	23
1. Jesús anuncia el Reino.	25
1.1 Destinatarios del Reino.	28
1.2 Signos del Reino.	29
2. La Salvación núcleo central del Reino.	31

CAPITULO TERCERO:

LA IGLESIA COMO REALIDAD SALVIFICA.	34
1. El misterio de la Iglesia.	35
1.1 El Misterio Trinitario de la Iglesia.	35
1.2 La Iglesia Sacramento Universal de Salvación	36
1.3 La Iglesia en su dimensión Divino-humana	36
2. La Iglesia continuadora de la obra salvífica de Jesús.	38

CAPITULO CUARTO:

LA IGLESIA Y EL REINO DE DIOS COMO RELACIÓN SALVÍFICA	42
1. La Iglesia "germen" del Reino de Dios.	43
1.1 La Iglesia y el Reino de Dios: LG 5	46
1.2 El Reino de Dios en el mundo: GS 39	46
2. Relevancia de la Iglesia en la historia de la salvación.	47

CAPITULO QUINTO:

APLICACIONES PASTORALES.	49
CONCLUSIONES	56
BIBLIOGRAFÍA GENERAL.	57

INTRODUCCION

En los últimos años, podemos ver en las distintas bibliografías teológicas, se han realizado muchos estudios sobre la temática del Reino de Dios, sobre todo estudios bíblicos y teológicos. Sin embargo esta temática no es únicamente para campos de ciertas altura intelectual, sino es una realidad que ha ido tomando auge poco a poco en la vida de la Iglesia y su misión en el mundo actual, es decir, en su campo pastoral. Así pues la expresión "Reino de Dios" aparece ya, no tanto como un concepto sino más bien como la misión de toda la Iglesia que es, como dice el Vaticano II, la de instaurar el Reino de Dios en el mundo de hoy.

Por tanto, el Reino de Dios lo entenderemos como la acción salvífica de Dios en la historia del hombre, es decir, una salvación en el hoy del hombre.

Siendo que es la salvación en el hoy del hombre, o como es llamada también "salvación en acto" cobra importancia en la misma historia: en el Antiguo Testamento, en el Nuevo Testamento, en la Eclesiología y en la Pastoral. Notando que la acción salvífica de Dios se ha revelado a la humanidad desde el principio de ésta y que será llevada a cabo hasta la plenificación de la historia. Pero es preciso notar las diferentes acepciones a través de la historia.

Es por eso que el presente trabajo tiene como finalidad dar a conocer la relación salvífica que existe entre Iglesia y el Reino de Dios, basándose en la concepción del Reino de Dios en el Antiguo Testamento, es decir la Historia de la Salvación originada en el Pueblo de Israel, que es lo que se explica en el primer capítulo, y la

promesa del Reino para dicho Pueblo, destacando la fidelidad de Dios y la fragilidad humana.

En el segundo capítulo se desarrolla el cumplimiento de la promesa, realizada a través de Jesucristo, así como también la nueva concepción del Reino de Dios, presencializada en el mismo Jesús y la salvación alcanzada por medio de El.

Luego, como consecuencia, tenemos a la Iglesia, que continúa esta obra salvífica de Jesús: la instauración del Reino de Dios acá en la tierra, teniendo en cuenta que ella no es el Reino de Dios sino únicamente el "germen" del Reino, que es lo presentado en el tercer y cuarto capítulo, haciendo énfasis en este último en la relación salvífica entre Iglesia y Reino de Dios.

Y para concluir el desarrollo del estudio se presentan algunas aplicaciones pastorales sobre todo en el aspecto eclesial y la importancia de tener como punto central las mismas palabras y obras de Jesús, teniendo en cuenta que el Reino de Dios está ya presente pero no plenificado.

Datos Preliminares

1. Justificación.

Cada día la Iglesia hace énfasis en su misión esencial: anunciar el Reino de Dios a todos los hombres, y a su vez, se hace una exigencia el que los cristianos conozcamos esta tarea encomendada por el mismo Jesucristo antes de partir hacia el Padre y sobre todo que veamos en esta misión, como dice el Concilio Vaticano II, el deber de instaurar el Reino de Dios en todos los pueblos, en donde debe ser el germen y principio del Reino.

Son varias las razones por la que es importante el estudio de la Iglesia y el Reino de Dios como relación salvífica, pues la ignorancia de ellos nos pueden llevar a un conformismo en la esperanza del Reino de Dios al final de los tiempos (parusía), sin buscar los medios para implantarlo en nuestros hogares, comunidades, y finalmente en la sociedad, interesándonos en los problemas temporales de los hombres y de las mujeres; así como también la falta de conciencia de nuestra misión como cristianos, nos lleva a pensar que es trabajo de otros y no nuestro.

Es por ello que el objeto de este estudio es proporcionar ayuda en el ámbito eclesial como lo son sacerdotes, religiosas, catequistas, agentes evangelizadores y fieles cristianos para que tomen conciencia de su responsabilidad, logrando así la instauración del Reino de Dios en nuestra sociedad.

2. Planteamiento del problema.

La historia salvífica de la humanidad tiene su origen en la iniciativa fundacional de Dios de su pueblo escogido (Israel), con quien realiza una alianza en la que la respuesta del pueblo convocado debía ser la fidelidad de Dios. Este pueblo es la prefiguración de la Iglesia, el “nuevo pueblo de Dios” que debe extenderse a todo el mundo y en todos los tiempos, siendo “germen” del Reino de Dios, recordando su característica de no ser de este mundo, aunque esté en medio del mundo y haya sido fundada principalmente para este mundo a fin de que ella sea instrumento eficaz y necesario de salvación, recordando las palabras de su fundador, ... Yo no he venido al mundo para condenarlo sino para salvarlo..., hoy en día es urgente crear medios de formación que proporcionen una enseñanza de la Iglesia como medio de salvación que se encarga de introducirnos en el Reino de Dios y que los agentes evangelizadores conozcan esta realidad.

El desconocimiento de esto obstaculiza la captación del deber que tenemos de implantar el Reino acá en la tierra y de interesarnos por buscar esta salvación y la construcción del Reino, trayendo como consecuencia el ignorar la importancia de la Iglesia como semilla del Reino.

En base a lo anterior se plantea el siguiente problema: ¿Cuál es la relación salvífica entre Iglesia y Reino de Dios?

3. Objetivos.

3.1 Objetivos generales:

Conocer la relación salvífica entre la Iglesia y el Reino de Dios.

3.2 Objetivos específicos:

- Retomar la fuente histórico-salvífica de la Antigua Alianza como base del Nuevo Pueblo de Dios.

- Reconocer a Cristo como Salvador y a la Iglesia como medio eficaz y necesario para la salvación.

- Explicar la función de la Iglesia como medio de salvación para los hombres instituido por Jesucristo.

- Enseñar que el Reino ya está dado a la humanidad cuyo germen y principio se inicia en la tierra, por medio de la Iglesia.

Capítulo 1:

EL PUEBLO DE DIOS Y EL REINO EN EL ANTIGUO TESTAMENTO.

Es de suma importancia reconocer que el Pueblo de Israel en la base de la historia salvífica de la humanidad, y por lo tanto hay que reconocer su concepción no como una casualidad sino más bien como el proyecto del plan salvífico de Dios prometido a la humanidad caída en el pecado y alejada de la amistad de Dios, pero jamás abandonada por él. Sino mas bien acogida para una redención con base en la iniciativa de Dios, es decir una salvación realizada por gracia de Dios que acompaña y dirige a una nación, Israel, que simboliza la humanidad entera y prefigura al Nuevo Pueblo de Dios.

Este plan salvífico conlleva muchas dificultades por parte del mismo PUEBLO. La Alianza realizada entre Dios y su Pueblo se ve debilitada por la infidelidad del Pueblo con su Dios. Pero a pesar de ello Dios permanece fiel y sigue otorgando medios de salvación y la promesa de una liberación definitiva la cual es esperada por los israelitas con el nacimiento de un mesías.

1. Dios convoca a un pueblo.

La expresión de realeza divina, no es un patrimonio particular del mundo judío; por el contrario, lo encontramos difundido en las religiones del antiguo oriente; ya sea en mitologías, como también proyectado en el vasto politeísmo de la época.

Sin embargo, la realeza de Yaveh en el Antiguo Testamento expresaba un elemento atrayente: un monoteísmo relacionado con el poder político y la esperanza de una nación beneficiada por Dios.

La fe del Pueblo de Israel ha distinguido dos momentos decisivos a los cuales atribuye su existencia como Pueblo de Dios.

El se considera descendiente de Abraham y de los demás Patriarcas y al mismo tiempo sabe que es un Pueblo elegido por Dios. Estas dos características se distinguen claramente en el Credo primitivo de Israel que dice así: "Mi padre era un arameo errante. Bajó a Egipto y residió allí con unos pocos hombres; pero allí se hizo un pueblo grande, fuerte y numeroso. Los egipcios nos maltrataron, nos humillaron y nos impusieron dura esclavitud. Gritamos a Yaveh, Dios nuestro" (Dt. 26, 6-7), puesto que "Yaveh es creador y conservador del universo, Señor de su historia, que es historia de salvación"¹ y es el que dirige la historia de salvación preparada para toda la humanidad. Con este fin, Dios escoge a un pueblo en particular a quien confía sus promesas de salvación. (DV 14)

Porque "fue voluntad de Dios el santificar y salvar a los hombres, no aisladamente, sin conexión alguna de unos con otros, sino constituyendo un pueblo" (LG 9), que le sirviera como instrumento para la salvación del género humano, quien se veía alejado de su amistad a causa del pecado que lo lleva a apartarse y esconderse de Dios (Cfr. Gn. 3,8).

¹ FEINER Johanes. "Israel como Pueblo Elegido de Yahve" en Mysterium Salutis IV/2 Ediciones Cristiandad. Madrid 1975 Pag. 28

Sin embargo, la elección de este pueblo es fruto de la predilección divina inmerecida, es decir, Dios elige este pueblo, no porque sea el mejor de los pueblos, o el más numeroso (Cfr. Dt. 7, 7), que en esa época significaba poder; al contrario Israel era un pueblo desventajoso, un pueblo olvidado, oprimido y esclavizado por todas las grandes potencias (Cfr. Dt. 6,12) pero es esta la raíz de la elección divina, ya que Dios siempre auxilia al que está en peligro, y a éstos les muestra su amor. Dios libremente se decide a elegir a este pueblo no para que ejerza un dominio autosuficiente y egoísta, sino para que cumpla una misión entre los pueblos del mundo (Cfr. Is. 43, 10; 49, 6; 30, 3; Jr. 1,5).

1.1. La vocación del Pueblo.

Históricamente el primer pueblo de Dios fue Israel, y con él, Dios estableció un pacto de amor y sería el depositario de la promesa hecha a toda la humanidad.

La vocación del pueblo de Dios depende en gran medida de la vocación de Abraham quien es considerado el Padre del Pueblo de Dios y de todas las naciones (Cfr. Gn 17,4).

Con este pueblo, Dios pretende rescatar lo que estaba perdido, establece una relación con él prometiendo para todos la salvación, y pidiendo a cambio la fidelidad a él.

La vocación de Abraham muestra la intervención salvífica de Dios por la humanidad al elegir con base en su propia iniciativa, lo que nos señala que Dios no atiende a méritos o disposiciones propias del hombre o la mujer, sino la intervención es libre y personal.

La llamada de Dios a Abraham a realizar una misión en la historia de la salvación, nos señala que su vocación es ya un acontecimiento salvífico dentro de la historia puesto que es el primer paso que Dios realiza en la historia de la salvación en la que se marca la promesa de bendición (Cfr. Gn 12,2-3) y fundamento de la Alianza realizada con su pueblo, recordando esta promesa hecha a Abraham (Cfr. Ex 4, 16).

1.2. Respuesta a la vocación.

El llamamiento de Dios a Abraham exige de él una respuesta de fe en la palabra del Señor y de obediencia a su voluntad (Cfr. Gn 12,4), es esta fe la prueba de que Abraham está dispuesto a colaborar en esta historia salvífica, y a la vez señala que su obediencia al Señor es preciso para lograr dicha salvación. Por la fe el hombre se abre libremente a la gracia de Dios (Cfr. Rom . 4,16) que le llevará a la salvación, pues como se dirá la salvación es gracia de Dios, dicha gracia se hace presente por medio de la Palabra.

Abraham se apodera de esta gracia de Dios al aceptar y creer en su Palabra

La fe de Abraham adquiere también carácter de ejemplaridad en el curso de la historia de la salvación. Su nombre será recordado por el Pueblo de la Alianza (Cfr. Rm. 4,2ss; Heb. 11, 8.19).

2. Israel el Pueblo de la Antigua Alianza.

El primer Pueblo de Dios fue Israel,² y con él Dios estableció un pacto de amor (Cfr. Dt 7,8) con la idea de ir instruyéndolo para ser éste el instrumento de salvación de los hombres.

Eligió este pueblo para ser su propio pueblo, y no por ser el más numeroso Cfr. Dt. 7, 6) manifestando así que él reúne en torno a sí a los hombres y las cosas. Desde este pueblo elegido, Israel, dispone la historia y el destino de todos los pueblos (Cfr. Sal. 47,4).

Este Pueblo era el depositario de la promesa hecha a la humanidad. Dios después del rompimiento de la relación con la humanidad (Cfr. Gn, 3,23) prometió para todos la salvación, que vendría del mismo pueblo.

E Israel, en respuesta a cada manifestación de Dios, se comprometía a ser fiel y cumplir lo que Yaveh le había establecido en la ley (Cfr. Ex 34,10ss).

2.1. La ley de la Alianza.

La Alianza de Yaveh con su Pueblo Israel, es decir el pacto, testamento o compromiso por el que Israel quedaba convertido en el verdadero Pueblo de Dios fue manifestado a Moisés en el Sinaí, donde tuvo lugar uno de los acontecimientos memorables de la historia de Israel. (Cfr. Ex 19, 3-6)

² Cf. MR Viernes Santo 13: oración universal VI

La iniciativa parte de Dios; es El quien ofrece a Israel la posibilidad de ser su Pueblo, “fue voluntad de Dios el santificar y salvar a los hombres, no aisladamente, sin conexión alguna de unos con otros, sino constituyendo un Pueblo”(LG). Dios exige a Israel el cumplimiento de la Alianza para que “construyan el mundo a partir de la fe y comunión con él, aceptando ser sus colaboradores en su designio salvador” (Puebla 187).

Esta Alianza histórico-salvífica se describe como consecuencia de alianzas particulares cerradas con anterioridad a Moisés. Así tenemos con Noé (Cfr. Gn 9, 8-17) establece ya una “alianza eterna”³ y en el pueblo de Israel mora Dios como pueblo de su propiedad ⁴escogido para una alianza (Cfr. Ex. 24, 4-8) Yaveh se compromete como aliado del pueblo. Aunque lo hace de tal manera, que El sigue siendo el Señor de la alianza y de forma que la relación no puede ser anulada por ninguna de las partes. La iniciativa fundacional del Pueblo y de la Alianza está hasta tal punto en las manos de Dios que la alianza se basa exclusivamente en la fidelidad de Yaveh. De aquí que dicha Alianza sea irrevocable (Cfr. Ex 32,13; Lv 26, 42; Dt 4,31) máxime cuando esa fidelidad se convierte en amor (Cfr. Os 11,1), el cual debía ser proclamado por el pueblo a través de manifestaciones externas e internas.

2.2 El culto a Yaveh.

Israel era un pueblo consagrado a Yaveh y por lo tanto, un pueblo consagrado a su servicio y a través del culto que da, manifestará el poder de Dios a todas las

³ KAHNER K. Vorgrimler H. “Alianza” en AAVV Diccionario Teológico. Editorial Herder. Barcelona 1970 pag. 12

⁴ Cf. FEINER Johanes “Israel como Pueblo ...” en Mysterium Salutis IV/2 pag. 29

naciones. Yaveh, el Señor de la Alianza, recibirá honor y gloria en su pueblo Israel para signo e invitación de los pueblos (Cfr. Dt. 4,6).

De esto parte la necesidad del culto a Yaveh por parte del pueblo. Sólo así manifestará Dios su esplendor a todas las naciones, se manifestará como un signo visible de su presencia en medio del Pueblo.

Este Pueblo es constituido como "Pueblo Sacerdotal" (Cfr. Ex 19,6) es decir: servicio a Dios que lleva actitud interna. Servicio de adoración, acción de gracias y petición sumisa que reconoce el poder supremo de Dios en todas las naciones.

Ciertamente el poder de Dios no sólo se expresaba sobre Israel, sino también en sus pueblos vecinos, cuando se afirma que Yaveh es también rey de los pueblos extranjeros (Cfr. Am. 9, 7), una realeza de tipo universal, los pueblos tienen fe en Dios creador del universo (Cfr. Sal. 104, 1); Yaveh es el creador del mundo donde se profundiza la acción creadora y la soberanía de Dios sobre todos los pueblos (Cfr. Sal. 24, 1ss; 95, 3; 96, 5-10)

El pueblo de Israel realiza sus cultos con mucha frecuencia: en adoración al único Dios que manifestaba su poder en medio del pueblo (Cfr. Ex. 15); acción de gracias por su misericordia y petición de perdón⁵.

Pero, además esta acción cúllica de Israel celebraba principalmente la presencia regia de Yaveh en su historia, este semblante lo conocemos a través de los salmos de entronización. Con su actuación Yaveh es Rey (Cfr. Df. Sal 97; 93; 96-99)

⁵ RAHNER K. "Culto Divino" en AAVV Diccionario Teológico, pag. 152.

demuestran la entrada triunfal de Yaveh y describen las esperanzas y súplicas del Pueblo hacia su Dios que los acompaña (Cfr. Sal. 24, 2-10 y 68, 25-30).

Y en muchas ocasiones tuvo Israel que ofrecer sacrificios a Dios por su falta de fidelidad a Yaveh. Los sacrificios de Israel causan expiación, aplacan la ira, proporcionan reconciliación y conservan viva la Alianza con Dios.

3. Ruptura de la Alianza.

La ruptura de la Alianza siempre se ha dado por el alejamiento del Pueblo, la falta de fidelidad a Yaveh.

La alianza es irrevocable y se mantuvo por el amor y la misericordia de Dios hacia el Pueblo.

El Pueblo de Israel se mostró rebelde a Dios adorando otros ídolos (Cfr. Ex 32), murmurando contra El (Cfr. Ex 15, 26) manifestando su descontento (Cfr. Ex 17, 3).

El trayecto del Pueblo hacia la Tierra Prometida se hizo más lejano debido a esta constante rebeldía y falta de confianza en el Dios Verdadero. El oasis de Cadés fue el teatro de gran pecado, tal como describe el libro de los Números. Por miedo a los ocupantes de Canaán, los israelitas no quisieron iniciar la conquista de la Tierra Prometida. De ahí las murmuraciones, quejas, deseos de volver a Egipto. (Cfr. Num 14, 1-2). Sin embargo Dios, como en muchos casos anteriores, los perdonó, aunque su estadía en el desierto iba a ser de cuarenta años (Cfr. Num 15, 33).

Es acá antes de la monarquía, donde se colocan las primeras expresiones de Dios como Rey del pueblo de Israel, de manera especial en la época de las prerregrinaciones por el desierto, donde Dios guía a su pueblo como pastor y caudillo (Cfr. Ex. 15, 11-13).

Una vez conquistada la Tierra Prometida, entrando en el territorio habitado por paganos, los israelitas se vieron tentados a la idolatría, se alejaron de Dios, hicieron lo desagradable a sus ojos, sirviendo a baales (Cfr. Jue. 2,11-19) y al olvidarse de Yaveh, se debilitaron como pueblo y eran derrotados (Cfr. Jue 3, 8-12; 4, 2; 6,1), pero al encontrarse en el dolor y al verse derrotados, volvían a Yaveh, clamando su nombre (Cfr. Jue 3,9; 4,3). Era en estos momentos en los que Yaveh, mostrando su fidelidad, hacia surgir líderes poseídos por su Espíritu, que hablaban más allá de sus posibilidades: los jueces. Los israelitas reconocían en ellos a los salvadores que Yaveh compasivo les concedía.⁶ En esta época de los jueces se nota con mayor énfasis la idea de la soberanía de Dios especialmente en Jue. 8, 23 y 1 Sam. 8, 7.

El pueblo vivía este ciclo de vida: una traición a Yaveh, conversión y salvación por parte de Dios, donde se manifiesta el misterio de la debilidad humana y el misterio de la paciencia y misericordia de Dios (Cfr. Salmo 106)

Las épocas de los Jueces y de los Reyes fueron épocas de madurez para el pueblo escogido en el que, además, descubrían la fidelidad de Yaveh, a pesar de la infidelidad del pueblo y de sus dirigentes, como en el caso de los Reyes (Cfr 1 Sam, 13. 11-14, 2 Sam 11; y Re 11. 1-8) quienes a pesar de la bondad del Señor, le fueron infieles.

⁶ Cf. "Introducción al libro de los Jueces" en Biblia Latinoamericana, XIII Edición, Letra grande. pag. 311

4. La respuesta de Dios.

Dios se valía de instrumentos humanos para invitar al pueblo a la conversión. Existieron hombres que se convirtieron en la “boca de Dios” (Jer. 15,19) por medio de los que Dios les recordaba las exigencias de la Alianza, anunciándoles sus designios.

Estos profetas se convirtieron en la voz que “anuncia una redención radical del Pueblo de Dios”,⁷ para lo que se requiere una purificación de todas sus infidelidades (Cfr. Ez. 36, 25-26).

La gran preocupación de estos portavoces de Yaveh era mantener viva la fe en el Dios verdadero que manifiesta un amor auténtico, amor que triunfará a pesar de la traición del pueblo y que pedía un cambio de vida, que implica el dejar de obrar el mal y obrar el bien, en espera de la salvación universal y el triunfo del reino definitivo.

La revelación profética es una experiencia verdaderamente significativa puesto que los profetas fueron los que conocieron a Yaveh⁸ y a quienes Él les confió su palabra. Yaveh les reveló sus designios (Cfr. Am 3.7) y a pesar de la infidelidad de Israel y de sus reyes, anuncia por medio de sus profetas una nueva Alianza (Cfr. Jer. 11, 3-5; Ez 11,19-20), un nuevo Reino (Cfr. Ez 24, 5-7), un nuevo Rey.

El reinado de Dios resumía las acciones, las expectativas y las esperanzas de Israel. El mismo pueblo de Israel tenía la experiencia de ese “reinado” a partir de las

⁷ Catecismo de la Iglesia Católica No. 64. Editora Corripio. República Dominicana 1992.

⁸ Cf. LATOURELLE René. Teología de la Revelación Ediciones Sígueme. Salamanca, 1979. pag. 33

acciones salvíficas sobre su historia y que eran atribuidas a Yaveh. Se puede decir que el reinado de Dios era la soberanía de Dios participando, orientando y dominando a Israel y a sus historia, esto implica dos situaciones: primero, el Reinado de Dios que se entendía como el regir de Dios en acto, un regir que se entenderá como totalmente dinámico, competente a la historia. Segundo, que se regía para establecer y transformar un orden de cosas.

Con lo anteriormente afirmado, podemos decir que el elemento distintivo de Israel con relación a otros pueblos, es el reconocimiento de Dios en la historia, ese Dios que se encuentra salvando la historia de su pueblo.

La realeza de Yaveh resultaba ser un mensaje saludable y vivificador para el pueblo, ya que recobraba la esperanza de un pueblo que había sido probado por varias vicisitudes en su historia: catástrofes nacionales, divisiones, infidelidad con relación a la ley. Por tanto el pueblo cifraba sus esperanzas en una pronta intervención divina ante tanta calamidad, que traerá como fruto, la unión de muchos pueblos bajo la soberanía de Dios, Dios será su rey; esta idea presente especialmente en el Deutero-Isaias (Cfr. Is. 40, 5).

La realeza de Yaveh aparece cuando se derrumba la realeza de Israel así, los líderes religiosos tratan de animar con el recuerdo del pasado; los profetas animaban en cuanto afirmaban que el reino de Yaveh se iba a encargar nuevamente de su Pueblo (Cfr. Miq. 2,13; Ez. 34, 11; Is. 40, 9) en todo esto hay una característica que anotar: el Reino de Dios que se esperaba iba relacionado con una expectativa nacional, ante su pérdida de identidad profunda en Dios: aparece el apocalipsis de Daniel, animando y renovando las promesas proféticas, sobre todo,

en Dan. 2,44 se expresa un reinado de Dios que recupera las esperanzas humanas en un Dios vivo que está presente en la historia.

Después del fracaso de la monarquía, de las catástrofes nacionales, del exilio y cautiverio, va apareciendo una nueva concepción del reinado de Dios, vista para el futuro y más atenta al contenido de ese reinado, tal como lo desarrollan los profetas.⁹

Los israelitas esperaban de diversas maneras la salvación que vendría de un Rey. Algunos creían que Yaveh establecería su reino, sin curso de rey humano alguno (Cfr. Salmo 97, 98, Zac 14,16), otros esperaban que la salvación vendría del misterioso Hijo del Hombre que avanza sobre las nubes del cielo para recibir la investidura y la misión (Cfr. Dn 7,13-14). Otros esperaban la salvación del siervo de Yaveh, profeta y rey, que salvaría a Israel por medio del sufrimiento.¹⁰ (Cfr. Is. 53, 2-8)

Con todo pues se puede afirmar que el Reino de Dios en el Antiguo Testamento es co-rrrelativo a su marcha por la historia; es un reinado que se va especificando en la realización de Dios en la historia del pueblo; no es, de ninguna manera un elemento pre-concebido, sino que es su existencia histórica hecha diálogo y culto a Dios. De esta presencia de Dios en la historia de Israel se pueden sacar dos dimensiones específicas del Reino de Dios:

a) El Reino de Dios se concibe como una acción salvífica de Dios actuando en el hombre y su historia. Esto lo vivían en la ley y lo celebraban en el culto.

⁹ SOBRINO Jon. Jesús en América Latina. Editorial Sal Terrae, Santander, 1982. pag. 138

¹⁰ Ibid. Pag. 39

b) El Reino de Dios además de ser un acto salvífico de Dios en el “hoy” del hombre se configuró en una esperanza que se iba a cumplir en el futuro, pero que iba a comenzar desde ya, sobre todo, explicitado en su bonanza política nacional frente a los demás pueblos.

El único capaz de realizar esta hazaña era el Mesías de Dios, un enviado que establecería el orden, rectificaría todas las demandas frente a Dios.

Con esto crecía en el Pueblo una gran expectativa en la espera del Mesías, el “Emmanuel” el Dios con nosotros (Cf. Is 7,14) a quienes las profecías lo proclamaban como un Rey, y su reino se distinguiría por la paz y la justicia, por eso es llamado “El príncipe de la Paz” (Cf. Is 9, 5-6) con el que se renovará la alianza, una alianza escrita en el corazón del hombre (Cfr. Jr 31, 31-33) y no solamente en tablas.

La esperanza del nacimiento del Mesías aumentaba, al igual que el gran acontecimiento de la salvación era siempre proclamado por Yaveh (Cfr. Is 51, 8) y su presencia era manifestada (Cfr. Is 41, 8-10). El pueblo clamaba la salvación (Cfr. Is 33,2); el castigo no es la última palabra de Dios, sino que a pesar de todo prosigue la realización de sus promesas. Dios reservará un “resto” (Is 4,2) y es este “resto”, los “pobres de yaveh”, los que se beneficiarán de la salvación prometida,¹¹ y revelada en el Mesías, en el Salvador por medio del cual Dios establecería su reino

¹¹ Cf. DE BROUWER Descleé. “Introducción a los profetas”. En Biblia de Jerusalén. Editorial Española, 1975 pag. 1038

que aseguraría la libertad de su pueblo y que haría reinar la justicia dentro del mismo.¹²

Pese a las infidelidades cometidas por Israel, ya que la fidelidad de Dios no se deja vencer por la infidelidad de los hombres. Dios continúa su historia salvífica. El nacimiento de un heredero real, nos dice el profeta Isaías, llevará el nombre profético de "Emmanuel", grito de fe salvadora en medio de un peligro, el rey que gobernará y renovará la Alianza de Dios con su Pueblo, se establecerá una Nueva Alianza con un Nuevo Pueblo. Esta Nueva Alianza será escrita en el corazón del hombre, para que jamás sea olvidada; sino para que aprenda a "rechazar lo malo y elegir lo bueno" (Is. 7,16) y así se dirá: "el pueblo que andaba a oscuras vió una luz grande... una creatura nos ha nacido y ... grande es su Señorío". (Is. 9). Con el nacimiento del Mesías el Pueblo se verá liberado, su vida será restaurada y la carga será retirada de su hombro (Cfr. Is. 10, 27). La señal del Mesías, el Enviado de Dios, será su Espíritu, que será Espíritu de sabiduría e inteligencia... de consejo y fortaleza, de ciencia y de temor de Yaveh (Cfr. Is. 11, 2) que le permitirá no juzgar por apariencias, sino con la justicia, anunciando el Reino y la salvación a todos.

Este "legado" apocalíptico y profético del Reino de Dios lo recibiría Jesús; el pueblo del Nuevo Testamento esperará a un Ungido para que diera cumplimiento a sus demandas de esperanza y de salvación.

¹² Cf. Etienne Charpentier. Para leer el Nuevo Testamento. Editorial Verbo Divino, Estella (Navarra)1982 pag. 65

Capítulo 2:

JESUCRISTO CUMPLIMIENTO DE LA PROMESA.

Una vez vista la formación del Pueblo de Dios, su concepción y etapas, sus infidelidades y la promesa por parte de Dios de una salvación definitiva, llega el momento culmen del plan salvífico por medio de Jesucristo, enviado del Padre. Es preciso destacar, pues, los momentos decisivos en la vida de Jesús que hacen presente el Reino de Dios acá en la tierra, así como la proclamación de este Reino que, en Jesús es observable a través de los signos (milagros) que realizó y los destinatarios de este Reino proclamado y presencializado por Jesús. Todo esto para concluir que el núcleo central de este Reino es la salvación otorgada a la humanidad en la persona misma de Jesús.

Así tenemos pues, que la carta a los Hebreos inicia diciendonos que “Muchas veces y de muchos modos habló Dios en el pasado a nuestros padres, por medio de los Profetas; en estos últimos tiempos nos ha hablado por medio de su Hijo”(Cfr. Hb. 1, 1), y en él se nos manifiesta el acontecimiento central de la revelación de la salvación. Es el acontecimiento vivencial de la salvación, la promesa hecha realidad en el Hijo de Dios, la prueba objetiva de la fidelidad de Dios. Cristo es la cumbre y plenitud de la salvación que anuncia y hace presente el Reino de Dios. Todas las acciones de Cristo nos descubren uno u otro aspecto de la salvación¹³ y del Reino prometido a los profetas antiguos. El representa su cumplimiento, trayendo la

¹³ LATURELLE René. Teología de la Revelación, pag. 190.

revelación definitiva de Dios a su pueblo y a la humanidad entera (Cfr. Mt 5, 17; 13, 17) por medio de su predicación y de su vida misma, puesto que sus palabras estaban complementadas en sus obras que hacían presente el Reino y la Salvación.

La humanidad llegaba al momento culmen de la salvación con el nacimiento del Mesías, esperado por tantos años y en quien la salvación sería presente, esta era la prueba más grande del amor de Dios hacia su pueblo, Dios nuevamente había manifestado su fidelidad enviándonos a su propio Hijo para que nos reconciliáramos con El. Solamente alguien que estuviera tan cerca del Padre nos podía reconciliar con El y éste era Jesús. Con él se cumplen todas las Escrituras y en él es renovada la humanidad, da inicio la Nueva Alianza que será sellada con su propia sangre. La promesa hecha a Abraham se cumple con la bendición del Nuevo Pueblo el cual ha sido purificado para lograr esta bendición, una purificación que, anunciada por los profetas, era una purificación del corazón, una liberación ya no de otros pueblos vecinos que los esclavizaban sino más bien una liberación del pecado que obliga al hombre a vivir en injusticia, en engaño, en mentira, es decir un pecado que esclaviza al hombre a vivir en lo más bajo de su dignidad. Y es Jesús el que viene, no a dar leyes que incluso esclavizan al hombre, sino leyes que lo hacen libre, capaz de donarse generosamente y en busca del bienestar y satisfacción del prójimo, una ley que más que eso es una señal de la presencia del Reino en este mundo. Es por eso que Jesús anuncia el Reino.

1 Jesús anuncia el Reino.

El Reino de Dios es una realidad de primer orden en el Nuevo Testamento. Con Jesús, en efecto, no aparece nada totalmente nuevo¹⁴, sino que recoge el mensaje de esperanza vertido en el Antiguo Testamento, presupone en sus oyentes el conocimiento y la expectativa del Reino de Dios.

Desde el anuncio a María, Jesús es anunciado como perteneciente al linaje davídico y destinado a la realeza. Esta misión es confirmada en el momento en que el Espíritu desciende sobre Él en el Jordán, después de su bautismo (Cfr. Lc 3,22).

La misión real de Jesús va ligada a la proclamación del Reino de Dios y al arrepentimiento de los pecados (Cfr. Mc 1, 14-15). Esta misión es encomendada por el Padre tal como nos lo dice el Concilio Vaticano II: "Cristo, por tanto, para hacer la voluntad del Padre, inauguró en la tierra el Reino de los Cielos"(LG 3), esto con la finalidad de "elevar a los hombres a la participación de la vida divina" (LG 2) convocándolos en torno a él por su palabra y por sus señales que manifiestan el Reino de Dios.

Jesús retoma los anhelos de liberación del pueblo judío ante otros pueblos con el fin de expresar un culto más cualificado a Dios. Jesús profundiza la espera del Reino de Dios; ofrece una visión apocalíptica y escatológica del Reinado, más allá de una mera liberación política; más bien ofrece el sentido último del mundo y su actualización querida por Dios, dotando a los suyos de una percepción basada en una nueva época inaugurada en su persona.

¹⁴ SOBRINO Jon. en Cristología desde América Latina, ediciones Crt, Mexico 1976. pag. 46

Con todo, Jesús presencializaba y potenciaba una esperanza que se había debilitado, por la variedad de exigencias negativas de parte del pueblo a través de su historia: el cautiverio en Egipto, la división de los dos reinos, la reconstrucción en la época persa sin determinación alguna y una historia socio-religiosa denunciada en la época de los profetas. Ahora, todo esto, tomaba un nuevo rumbo, ya que Jesús, el Mesías escatológico dimensionaba positivamente la historia y la transcendencia: valoraba el presente para abrirse al futuro.

Jesús no se predica a sí mismo. El no se concibió así mismo como algo absolutamente último, sino en relación a algo distinto de El. Tampoco predicó simplemente a "Dios" sino que hay que hacer una afirmación dual: Dios "y" reino; Dios "y" cercanía; Dios "y" su voluntad; Dios "y" paternidad, etc., porque Dios no es nunca el Dios en-sí-mismo, sino un Dios en relación con la historia,¹⁵ un Dios en relación con la humanidad. Es por eso que lo "último para Jesús es el Reino de Dios".¹⁶ Lo último pero lo primero, el sentido de la historia y de toda la verdad del hombre.

Este Reino de Dios es anunciado a todos los hombres y mujeres de todas las naciones (Cfr. Mt 8, 11; 28, 19) y para entrar a él es necesario acoger su Palabra (Cfr. Mc 4, 1-20) con generosidad, y estar dispuesto a sacrificar todo por este valioso tesoro (Cfr. Mt 13, 44-46).

Jesús proclama que su Reino no es de este mundo, sino que es un Reino eterno, donde no hay tiempo (Cfr. Jn 18, 36) ni espacio que sean capaces de controlarlo,

¹⁵ Cf. SOBRINO Jon. en Jesús en América Latina pag. 132-134

¹⁶ Cf. SOBRINO Jon en Jesús en América Latina pag. 135

sino únicamente la gloria y el esplendor de Dios serán quienes lo invadan todo (Cfr. Mt 22,30). Por tanto el Reino de Dios, desde la perspectiva de Jesús, no era un lugar geográfico, un territorio o simplemente una esperanza, sino es más bien la manifestación de la soberanía de Dios y el Señorío de Dios, es además la transformación histórica según la realidad de Dios. Y aunque es una manifestación del Reino el hecho de que en nuestro mundo actual exista mezcla entre buenos y malos, entre trigo y cizaña (Cfr.Mt. 13,36-43) a lo que Juan llama la presencia del “príncipe de este mundo” (Jn 12, 31) que opone su propio reino (Cfr.Lc 11, 14-23.30; 16,11) ¹⁷ enemigo principal del Reino de Dios, éste será expulsado con el poder de Dios y con la buena nueva de salvación situándose el reino de Dios al lado del bien, con la buena semilla, es con la que se identifican los hijos del reino, y la cizaña representa a los hijos del maligno (Cfr.Mt 13, 38) y en el momento del juicio, la cizaña es rechazada por el Hijo del hombre al exterior del reino (Cfr. Mt 13,41) mientras que los justos resplandecerán en la gloria de su Padre (Cfr.Mt 13,43). La llegada del reino es inevitable, aunque no puede precisarse el momento ni la identidad de los que serán sus testigos (Cfr.Mc 9,1).

La entrada habrá de hacerse bajo ciertas condiciones, la mayor parte de las cuales parecen ser de orden ético, según lo proclama Jesús. Entrar al Reino se opone a la suerte de los que serán arrojados a la Gehenna, si se dejan llevar a la perdición por su mano, su pie o su ojo (Cfr.Mc 9,47). El Reino pertenece a los que lo acogen como niños; es preciso acogerlo si se quiere entrar en él (Cfr. Mc 10, 13-16). En cuanto a los ricos tienen una especial dificultad para entrar en el reino, seguramente las riquezas que les agobian (Cfr. Mc 10, 23-35).¹⁸

¹⁷ Cf VIDAL Maurice. “El reino de satanás” AAVV en Evangelio y Reino de Dios Editorial Verbo Divino, Estella, (Navarra) pg. 57

¹⁸ Cf. QUESNEL Michel. “Entrar en el Reino (Mc. 9-10)” en AAVV Evangelio y Reino de Dios Editorial Verbo Divino, Estella 1995 (Navarra) pag. 28

1.1. Destinatarios del Reino.

Jesús en su proclamación del Reino señala que éste pertenece a los pobres y pequeños, es decir a todos los que acogen su palabra con un corazón humilde.

Jesús fue enviado a “anunciar la buena nueva a los pobres”(Cfr. Lc 4,18; 7,22) y los declara “bienaventurados” (Mt 5,3) porque de ellos es el Reino de los cielos señalando que los que son declarados pobres, serán felices, los que aparentemente los vemos como indefensos, oprimidos son los aptos para el Reino. La pobreza viene a ser relacionada con la humildad, con la “infancia espiritual”¹⁹necesaria para entrar al Reino.

A los “pequeños” es a quienes el Padre revela las cosas que a ocultado a los “sabios e inteligentes” (Mt 11,25). Y Jesús mismo se hace pobre naciendo en un “pesebre” (Lc 2,7), compartiendo la vida de los pobres; conociendo el hambre (Cfr. Mt 21,18) e incluso acogiendo a todo aquel necesitado, que será la medida para entrar al Reino (Cfr. Mt 25, 31-46), y nuestra caridad al prójimo es la práctica, tal como lo hizo Jesús, de la salvación y redención del Señor.

El Reino anunciado por Jesús es un Reino de Dios en el que Dios reina como un Padre amoroso, en donde ese amor es visto como eficaz, capaz de transformar las cosas en algo nuevo.²⁰De ahí que Jesús revela la misericordia del Padre acogiendo a los pecadores (Cfr. Mc 2,17) en su mesa, invitándolos a la conversión, requisito indispensable y eficaz para entrar en el Reino (Cfr. Lc 15,11-32) y manifiesta la

¹⁹ BROUWER, Descleé. Comentario al cap. 5, 3 del Evangelio de San Mateo . Biblia de Jerusalén. Comentario al cap. 5, 3 del Evangelio de San Mateo.

²⁰ Cf. SOBRINO, Jon. en Jesús en América Latina. págs. 139-140

“alegría en el cielo por un sólo pecador que se convierta” (Lc 15,7) y es por esto mismo que él voluntariamente se ofrece como sacrificio para “remisión de los pecados” (Mt 26,28).

Para entrar en el Reino es preciso hacerse discípulo de Cristo y “reconocer los misterios del Reino” (Mt 13,11) que son revelados a través de las parábolas²¹ que invitan al banquete (Cfr. Mt 22,1-14) pero que exige una constante vigilia (Mt 25,13) y acogida de la Palabra lo cual debe traducirse en obras (Mt 21, 28-32) poniendo los talentos recibidos al servicio del prójimo (Cfr. Mt 25, 14-30).

1.2. Signos del Reino.

La presencia del Reino de Dios se aprecia con más detalle en los hechos de Jesús. Jesús hace ver con sus palabras, sus gestos y su ser mismo una realidad invisible e inenarrable, la epifanía del Reino de los Cielos.

Los milagros son signos²² del Reino por el hecho de que el que los realiza es el Mesías y “la actividad mesiánica es la manifestación del Reino,²³ es señal que “ha llegado a vosotros el Reino de Dios” (Mt 12,28) y están dentro de un “contexto histórico-salvífico”²⁴ testimoniando que El es el enviado del Padre (Cfr. Jn 5,36; 10, 25)

Los profetas anunciaron la era mesiánica y sus signos. Este será un tiempo de milagro “Entonces se abrirán los ojos de los ciegos, se abrirán los oídos de los

²¹ Cf. Catecismo de la Iglesia Católica 546

²² CHARPENTIER, Etienne. Para Leer el Nuevo Testamento pag. 67

²³ VIDAL, Maurice. en Evangelio y Reino de Dios pag. 39

²⁴ RAHNER, K. “Milagro” AAVV Diccionario Teológico, pag 429

sordos. Entonces el cojo saltará como un ciervo y la lengua de los mudos cantará gozosa (Cfr. Is 35, 5-6; 29,18)”; entonces revivirán los muertos y resucitarán sus cadáveres” (Is 26,19) y en los milagros de Cristo se ve la realización de las profecías (Cfr. Lc 7,22), el cumplimiento de las promesas de Dios, “la irrupción en el mundo de la salvación anunciada”,²⁵ los milagros de Jesús, según las escrituras, significan que por fin ha llegado el Reino de Dios, en Jesús está presente el Mesías, en Él ha tenido lugar el acontecimiento esperado por largo tiempo y afirma explícitamente en la sinagoga de Nazareth que sus milagros le designan como el que ha de venir (Cfr. Lc 4, 16-22).

En su discurso en casa del Centurión Cornelio, resume Pedro la vida de Cristo desde el Bautismo diciendo: “le ungió con el Espíritu Santo y con poder” para curar y librar a los oprimidos por el diablo (Cfr. Hechos 10,38). Las curaciones y los exorcismos están íntimamente unidos, en la vida de Cristo, en la obra de salvación y son “una manifestación privilegiada del Reino”, liberan a los hombres del dominio de satanás (Cfr.Lc 8,26-39). Anticipan la gran victoria sobre “el príncipe de este mundo” (Jn 12,31) “Por la Cruz de Cristo será definitivamente establecido el Reino de Dios”²⁶ y sus milagros “confirman que el Reino ya llegó a la tierra” (LG 5).

Toda esta actividad de Jesús configura lo que es la voluntad de Dios sobre los hombres. Estos signos profundos que Jesús opera, los hace no tanto para dar a conocer su persona, sino la realidad del Reino de Dios; en todos estos signos Jesús dimensiona el presente y el futuro de dicho Reino, y en última instancia, se configura lo que es la acción de Jesús al servicio del Reino.

²⁵ LATOURELLE, René. en Teología de la Revelación pag. 487

²⁶ Catecismo de la Iglesia Católica N.550

Así, los milagros se entienden como salvación, especificados en liberación y en transformación. Jesús realizó todos estos signos para anunciar, presenciar y acercar el Reino de Dios entre los hombres.

En síntesis podemos decir que con Jesús, el Reino de Dios se hace presente y al mismo tiempo presenciar un proceso en evolución que podemos anotar como una "escatologización", o sea una realidad salvífica de Dios presente en Jesús que habría futuro y esperanza en sus contemporáneos; se dictaba como un proceso que comenzaba pero que se iba a plenificar y a totalizar al final de la historia.

2. La Salvación, núcleo central del Reino.

Como núcleo y centro de la Buena Nueva del Reino, Jesús anuncia la salvación. Este es el gran don de Dios que es liberación de todo lo que oprime al hombre, pero sobre todo es liberación del pecado y del maligno, dentro de la alegría de ser conocido por El, de verlo, de entregarse a El. (E.N. 9)

El proyecto de Dios a lo largo de la historia de los hombres ha sido siempre la salvación. Esta salvación y liberación que fue anunciada desde antiguo es culminada con el envío de su Hijo al mundo para que todo el que crea en El sea salvado y posea la vida eterna, vida que será la realización plena del Reino.

Esta nueva etapa en la historia de la salvación, en la que Dios se acerca en gracia y nos ofrece la salvación, se inicia durante la vida de Cristo y se logra de manera definitiva por su muerte y resurrección; pero debe ser continuada en lucha paciente a lo largo de la historia hasta que sea plenamente realizada en el día de la Venida

definitiva del mismo Cristo, cosa que nadie sabe cuando tendrá lugar, solamente el Padre. (Cf. Mt, 24,36; Act. 1,7; 1 Tes. 5, 1-2)

El Reino se nos da gratuitamente, pero esto no significa que el hombre nada tenga que hacer; el Papa Paulo VI, en el N. 10 de la *Evangelii Nuntiandi*, nos decía que "Este reino y esta salvación -palabras clave en la evangelización de Jesucristo- pueden ser recibidos por todo hombre como gracia y misericordia; pero a la vez cada uno debe conquistarlos con la fuerza (Cfr. Mt. 11, 12; Lc. 16, 16.), con la fatiga y el sufrimiento, con una vida conforme al Evangelio, con la renuncia y la cruz, con el espíritu de las bienaventuranzas. Pero ante todo cada uno los consigue mediante un total cambio interior..., una transformación profunda de la mente y del corazón (Cfr. Mt. 4, 17).

Porque ciertamente el Reino de Dios implica un nuevo orden establecido por Dios, en el dinamismo de Dios en la historia, es un evento salvífico donde Dios se hace cargo en corresponsabilidad con el hombre histórico. El Reino de Dios, es pues, una realidad salvífica que opera en la historia, pero que todavía no ha llegado a su plenitud.

Podemos concluir que el Reino de Dios anunciado por Jesús tiene varias significaciones:

- Jesús abre su predicación proclamando el cumplimiento del tiempo escatológico y anunciando la inminente irrupción del Reino en el mundo; es más el predecesor de Cristo predicaba esta verdad "convertíos pues el Reino de los Cielos está cerca" (Mt. 3, 2). La nueva época estaba ya presente.

- El Reino de Dios es un don de Dios otorgado a los pobres (Cfr. Mt. 5, 3; Lc. 12, 31- 32), los que sufren (Cfr. Mt. 14, 14); los leprosos (Cfr. Mc. 1, 41); los ciegos (Cfr. Mc. 20, 34).
- El Reino de Dios tiene un alcance universal, es una buena noticia para todos los pueblos (Cfr. Mt. 8, 11ss; Lc. 10, 13; 13, 28)
- El Reino de Dios no es tanto un juicio, sino salvación (Cf. Lc. 5,32; 15,1; Mt. 15, 24).
- El Reino de Dios no se puede objetivar directamente, se usan signos.
- El Reino de Dios es un evento escatológico que abre futuro (Cfr. Mc. 9, 1; Lc. 9, 27)

El Reino de Dios es futuro, sin embargo ese futuro se proyecta en el presente, El Reino de Dios futuro de Dios es un “ya” en la persona de Jesús, es una realidad en la Palabra y en la acción de Jesús.

CAPITULO 3

LA IGLESIA COMO REALIDAD SALVÍFICA.

El anuncio de la Buena Nueva no terminó con la predicación de Jesús, plenitud de la revelación (Cfr. II Cor. 1, 20; 3, 16-4, 6) sino que mandó a los apóstoles a predicar a todos los hombres el Evangelio, Buena Noticia de la Salvación, como fuente de toda verdad salvadora y de toda norma de conducta (Cfr. Mat. 28, 19-20), comunicándoles así los bienes divinos: el evangelio prometido a los profetas, que El mismo cumplió y promulgó con su boca (DV 7). De ahí que el Reino de Dios iniciado por Jesús permanece en continuidad por medio de la Iglesia, donde el Reino crece visiblemente en el mundo(LG 3) y quien la acepta como camino, es al Señor a quien acepta: "quien a vosotros escucha, a mí me escucha; quien a vosotros rechaza a mí me rechaza" (Lc. 10, 16) dice al Señor a sus apóstoles, y sólo en ella se da la "plenitud de los medios de salvación". (Puebla 225)

Es por eso que en este capítulo analizaremos a la Iglesia en su Misterio Trinitario y como Sacramento Universal de Salvación en su doble dimensión divino-humano pasra descubrir que ella, como continuadora de la obra salvífica de Cristo debe presenciar el Reino en este mundo tal como la hizo Jesús: en su proclamación y en su testimonio.

1. El Misterio de la Iglesia.

La Iglesia en su misterio posee varios aspectos de suma importancia para la comprensión de su misión de instaurar el Reino entre los hombres, y como tal deben ser estudiados, comprendiendo su realidad de salvación. Tomando como punto clave su presencia peregrinante acá en la tierra y sus características, prefiguración del futuro esperado.

1.1. **El Misterio Trinitario de la Iglesia.**

La Iglesia es un misterio divino en cuanto que ella es sostenida por el poder trinitario: el Padre que nos ha vivificado y que prefiguró a la Iglesia desde el principio del mundo con la intención de glorificarla al final de los tiempos. Jesucristo, el enviado del Padre es el que llevó a cabo la voluntad del Padre, es el que vino a este mundo con la finalidad de ser uno como nosotros y derramar su sangre para la salvación del género humano, y, una vez lograda su misión de rescatar la humanidad perdida, ascendió a la derecha de su Padre; pero mientras vivió en este mundo, vivió de tal modo que hacía presente esta salvación por medio de la proclamación del Reino que era el fin, lo último para Jesús, puesto que él no vino a predicarse a sí mismo, sino algo mucho más grande: El Reino. Es así como Jesús se convierte en el inaugurador del Reino en la Tierra donde la Iglesia continúa esta construcción, con la presencia del Espíritu Santo que habita en ella y en todos sus fieles, dando testimonio de unidad entre Dios y los hombres y entre los hombres entre sí, constituyéndose de esta manera en sacramento entre Dios y la humanidad.

1.2. La Iglesia Sacramento Universal de Salvación.

Esta característica esencial de la Iglesia la lleva a la conducción de sus fieles al Reino, teniendo en cuenta la esperanza que anima esta lucha histórica de la humanidad.

Una característica del anuncio del Reino de Dios en Jesús es que éste fue proclamado para todos los hombres y mujeres que escuchen este mensaje de salvación; siendo la Iglesia la continuadora de esta obra, se ofrece como lazo indestructible entre el hombre y Dios que continúa ofreciendo su salvación. Ella nos ofrece esta salvación no porque ella la posea en sí misma, sino porque ella es poseída por la salvación misma, en cuanto que Jesucristo la redimió y la dejó responsable de esta redención acá en este mundo que peregrina hacia una vida escatológica en la que todo lo esperado será consumado en la plenitud de la gloria.

Esta espera exige una actividad generadora de avance hacia lo que esperamos y es por eso que la Iglesia debe su trabajo a la construcción de una salvación en potencia, no aislando el mundo en el que se encuentra, sino más bien ofreciendo y dando a ellos esta salvación.

1.3. La Iglesia en su dimensión Divino-humano.

La Iglesia está compuesta por el elemento divino y humano, en analogía con misterio del Verbo Encarnado.²⁷ En esta línea se debe subrayar a la Iglesia en una

²⁷ Cf. LG 8

situación nunca completa aquí en la tierra, pero a su vez conciente de que “es el Reino de Dios ya presente en el misterio”²⁸ y de alguna forma sacramento del Reino. El misterio de la Iglesia pone de manifiesto la realidad divino-humano; la Iglesia, impulsada por el Espíritu es purificada y santificada por la sangre de Cristo (Cfr. Ef. 5.25-27); esta santidad se expresa porque está al servicio de los santos y de su propia santificación (Cfr. Rom. 15, 25; 1 Cor. 16,15; II Cor. 8, 4).

El Vat. II en la *Lumen Gentium* llama a la Iglesia “indefectiblemente santa” (39), y, con las palabras del credo, “Iglesia Santa” (5, 8, 26, 32), así como “esposa inmaculada” (6), “pueblo santo” (9), “digna esposa”(9), “sacerdocio santo” (9), y a su vez habla de la “Santidad de la Iglesia” (30, 42,47), señalando el carácter escatológico en estas afirmaciones, cuando se dice “el final de la historia ha llegado a nosotros” (Cfr. 1 Cor. 10, 11), y la renovación del mundo está ya decidida de manera irrevocable e incluso de alguna manera real está por anticipado en este mundo , la Iglesia en efecto, ya en la tierra, se caracteriza por una verdadera santidad aunque todavía imperfecta.

Ella abraza en su seno a los pecadores, es “santa y siempre necesitada de purificación”(LG 8), que busca sin cesar la conversión y la renovación y al recordar que es peregrina en la tierra es llamada por Cristo a esta reforma permanente de la que ella, como institución terrena y humana, necesita continuamente. De esta manera se acentúa el carácter peregrinante de la Iglesia que no se identifica con el Reino, sino que en ella está presente misteriosamente sobre todo cuando busca la conversión para el prójimo y la justicia en este mundo, características esenciales de la salvación y del Reino de Dios proclamado por Jesús.

²⁸ PIÉ-NINOT, Salvador. Introducción a la Eclesiología. Editorial Verbo Divino, Estella (Navarra) pag. 65

2. La Iglesia continuadora de la obra salvífica de Jesús.

Cristo nos ganó la salvación por medio de su muerte y resurrección; la Iglesia aplica a los hombres esos frutos de salvación por medio de su enseñanza.

Si Cristo encomendó a la Iglesia su obra salvadora, esta debe cumplirla tal como lo hizo Jesús, por medio de su enseñanza y su testimonio de vida en su propia realidad. La Iglesia en este aspecto debe ser circunstancial, proyectándose en situaciones concretas y hacia hombres concretos (Puebla 74) porque ella es la que hace presente esta realidad, es la que recoge y actualiza los signos²⁹ realizados por Cristo, encomendándole “el mismo oficio y el mismo encargo que El había recibido del Padre.”³⁰

Esta misión es realizada gracias a la fuerza del Espíritu Santo, puesto que “el Paráclito, el Espíritu Santo que el Padre enviará en mi nombre os enseñará todas las cosas” (Jn. 14, 26). La misión es, pues, tarea que incumbe a toda la Iglesia en virtud de su carácter esencial, es decir, en tanto que es comunidad de salvación, y en virtud de su lugar en la historia de la salvación, situada como está entre la ascensión y la parusía final.

La Iglesia como comunión es sacramento para la salvación del mundo. Por ello, los poderes en la Iglesia han sido conferidos por Cristo para la salvación del mundo y la Iglesia, aunque “rechaza la sustitución del anuncio del reino por la proclamación de liberaciones humanas,”(EN 34) asocia liberación humana y salvación en Jesucristo, aunque no la identifica (EN 35) y “se esfuerza por inserir siempre esta lucha

²⁹ Cf. LATOURELLE, René. Teología de la Revelación pag. 517

³⁰ OT, Ludwig. Manual de Teología Dogmática, Editorial Herder, Barcelona 1968 pag. 418

cristiana por la liberación en el designio global de salvación que ella misma anuncia.”(EN 38)

De allí que su presencia no es superflua, sino que está para anunciar el Reino de Dios teniendo en cuenta la realidad de los hombres, es más, la Iglesia para hacerse creíble debe solidarizarse con este mundo que es bueno porque es obra y creación de Dios, pero que también tiene presente elemento de pecado y negatividad. El Concilio Vaticano II, nos señala la función de la Iglesia como continuadora de la obra de salvación sobre todo en la Constitución *Gaudium et spes* donde nos señala que: “Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de los que sufren... Son a la vez de los discípulos de Cristo... La Iglesia se siente íntima y realmente solidaria con el género humano”(GS 1).

Así la Iglesia no sólo comprende el mundo, sino que se pone al servicio del hombre que vive en ese mundo: “no puede dar mayor prueba de solidaridad, respeto y amor a toda la familia humana que la de dialogar con ella acerca de todos los problemas aclarándoselos a luz del evangelio”(GS 3)

La Iglesia para ser interlocutora del mundo, exigencia del Reino, debe abrirse al mundo, a las épocas, a los diferentes tipos de pensamientos, debe entrar en un sano diálogo reconociendo el pluralismo de pensamiento que existe en la Iglesia y en el mundo, ayudando al hombre contemporáneo a su desarrollo pleno; la Iglesia no sólo debe colocarse a la par de la humanidad sino que debe imprimir también el dinamismo humano de animación y acompañamiento a este mundo: “para cumplir esta misión, es deber permanente de la Iglesia escrutar a fondo los signos de la época e interpretarlos a la luz del evangelio, de forma que acomodándose a cada generación pueda la Iglesia responder a las perennes interrogantes de la humanidad

(Cfr. GS 10) sobre el sentido de la vida presente y de la vida futura, y sobre la mútua relación de ambas”(GS 4). La Iglesia en efecto rescatará el sentido profundo de la vida presente a partir del Reino de Dios; un sentido tal que exigirá al hombre situarse en el mundo de manera creativa y de manera responsable; valorando los aspectos culturales positivos y transformando todos los ámbitos de inhumanidad contrarios al plan de Dios: “La Iglesia debe tener la mútua estima, respeto y concordia reconociendo todas las legítimas diversidades para abrir, con fecundidad siempre creciente, el diálogo entre todos los que integran el único pueblo de Dios (GS 92)

Por otra parte debe rescatar el sentido profundo de la vida futura, también a partir del Reino de Dios, ya que será su fundamento último, y explicitará la voluntad de Dios sobre el hombre. Este Reino se deja entrever en todo el Vaticano II cuando se aprecia el aspecto de tensión entre lo presente y lo futuro, es decir la fusión entre historia y trascendencia que forma el Reino escatológico: un Reino inaugurado desde Jesucristo que debe ser actuado y presencializado en la historia, a través de la Iglesia, y un Reino que colmará las expectativas en el momento de la plenitud y contemplación del cosmos hecho por Dios, un Reino en espera responsable y atenta a los cambios epocales.

La Iglesia debe presencializar el Reino de Dios a través de la superación del individualismo y el fomento de la participación y la responsabilidad, debe animar la actitud humana en el mundo para transformarlo, logrando así que esta actividad esté ordenada hacia el bien de la persona y de la humanidad; ésta será una exigencia para el hombre y además una respuesta a Dios por parte de el mismo. Toda esta acción humana es signo de una plenitud no consumada sino un camino hacia la tierra nueva y el cielo nuevo.

Con todo lo antes mencionado, se tiene que la Iglesia ubicada en el mundo debe ser solidaria a este mundo. Valorar la realidad histórica y considerarla como lugar de salvación, es decir, se colocará en el mundo en función del Reino que es lo verdaderamente último y necesario para la salvación del hombre.

CAPITULO 4:

LA IGLESIA Y EL REINO DE DIOS COMO RELACIÓN SALVÍFICA.

Una vez vista la Iglesia en su misterio como continuadora de la obra salvífica de Jesús, relacionemos la Iglesia y el Reino de Dios como relación salvífica.

Notaremos que la Iglesia además de ser un misterio es un signo del Reino acá en la tierra; es más, es su "germen" como la llama el Concilio Vaticano II. Y es germen en este mundo, en donde debe iniciarse el Reino a partir de la práctica de los valores de este Reino como lo son: la fraternidad, el respeto, la solidaridad y la justicia, en fin todo lo que concierne al amor lo cual lleva al hombre a tomar una actitud positiva frente al mundo, frente a la sociedad, frente al hermano que está a su lado.

El Reino de Dios llegará a su plenitud al final de los tiempos. Con Jesús ha llegado "ya pero todavía no". Aquí se nos presenta el pensamiento escatológico que es una reconciliación del presente y del futuro, de don y de tarea humana.

Lo que Jesús ofrece como escatológico y último es vivir en la cercanía del Reino de Dios a través del seguimiento de Jesús que permite vivir una realidad, hacer una realidad del Reino que se acerca; es acá donde juega un papel importante la Iglesia que "no debe su origen a una voluntad humana".³¹

³¹ BARAÚNA,Guillermo. La Iglesia del Vaticano II Editor Juan Flors, Barcelona, 1966 pag. 294

Los mismos apóstoles comprendieron que el Reino llegaría; más en esta espera del Reino definitivo, ellos debían mantener esta esperanza, lo que únicamente se lograría a través de la práctica del amor, tal como lo había hecho Jesús. Si Jesús hizo presente el Reino fue efectivamente por esto. Ahora los apóstoles, cimiento de la Iglesia, a quienes había colocado como piedra de la Iglesia y quienes tenían las llaves del Reino (Cfr. Mt. 16, 18-19) debían continuar su obra.

Jesús experimentó además, el rechazo de su Pueblo, sin embargo El continuó predicando el Reino para todos. Asumió la muerte en bien de todos y como fidelidad a su misión. Ya que no podía ganar a los hombres con su mensaje y sus obras los ganó asumiendo sobre sí los pecados del mundo. De allí que la Iglesia, comunidad de Cristo, debe también ejercitar esa función reconciliadora y de entrega, tal y como lo hizo Jesús. Sus discípulos deberán ser portadores del Reino de Dios y entender su existencia como un ser para los otros, tal como fue la de Jesús.³²

1. La Iglesia “germen” del Reino de Dios.

No se puede hablar de Iglesia sin tratar el Reino de Dios, que en Cristo y en su obra Redentora ha encontrado su primera forma de cumplimiento en este mundo. De ahí que la predicación de Jesús empiece con la alusión al hecho de que el Reino de Dios está cerca, ha llegado (Cfr. Mc. 1, 15) y que en el contexto de una expulsión demoníaca (Cfr. Lc. 11, 20) se diga que con ello se hace realidad presente el Reino de Dios entre los hombres (Cfr. Lc. 17, 21).³³

³² Cf. BOFF, Leonardo. *Eclesiología*. Editorial Sal Terrae, Santander 1986 pag. 89-90

³³ Cf. AUER, Johann. *Curso de Teología Dogmática VIII/La Iglesia* Editorial Herder Barcelona, 1986 pag. 100

Según la doctrina de Jesús el Reino de Dios solo está llegando, por lo que sus seguidores deberán orar porque ese Reino de Dios llegue de una vez y se imponga (Cfr. Mt. 6,10). El Reino de Dios es a la vez presente y futuro, está dentro y está fuera es el “ya pero todavía no” y no es una realidad desligable de la Iglesia (LG 8) puesto que ella “tiene como finalidad la dilatación del Reino”(LG 9). La Iglesia es el sacramento del Reino, es decir, lo hace presente como sacramento de Cristo. La Iglesia sigue anunciando la buena nueva para que “se establezca el Reino de Dios en toda la tierra”(Cf. AG 1) que se da en cierto modo donde quiera que Dios está reinando mediante su gracia y amor, venciendo el pecado y ayudando a los hombres a crecer a la gran comunión.(Cf. Puebla 226)

La manifestación visible del Reino está en la misión que ha recibido la Iglesia: la de anunciar e instaurar el Reino en todos los pueblos. La Iglesia es también instrumento que introduce el Reino entre los hombres para impulsarlos hacia su meta definitiva que es la plenitud del Reino.

La Iglesia constituye en la tierra el germen y principio de ese Reino. Germen que deberá crecer en la historia bajo el influjo del Espíritu Santo, hasta el día en que “Dios sea todo en todos” (1 Cor. 15, 28). Mediante las obras en favor de quien está en necesidad, promoviendo la solidaridad y comunión entre los hermanos.³⁴

El Reino de Dios se nos muestra como una realidad viva y dinámica³⁵ que transforma a quien entra a formar parte de él, y que consuma la salvación en su estado último.

³⁴ SOBRINO, Jon. Jesús en América Latina. pag. 139-140

³⁵ BARAUNA, Guillermo. La Iglesia del Vaticano II pag. 298

La Iglesia es pues parte del mundo que en la fuerza del Espíritu ha acogido el Reino de manera explícita en la persona de Jesús. Queda así claro que la Iglesia no es el Reino sino el signo, que hace presente el Reino, y su instrumento de implantación en el mundo³⁶ puesto que el Reino ya está en la Iglesia, aunque de modo general, cuando ella llena los anhelos y esperanzas más profundas de nuestros pueblos (Puebla 228). Ya que ella sirve al mundo y recibe de él ayuda para que el Reino de Dios y su salvación sean una realidad entre los hombres, como lo dice el Vaticano II “la Iglesia cuando recibe ayuda del mundo o ayuda ella al mundo, no tiene más que una aspiración: que venga el Reino de Dios y se realice la salvación de todo el género humano”(GS 45). Y aunque el proyecto que Jesús propone es factible, no es plenamente realizable en la tierra, la Iglesia debe, a más de formar conciencia y denunciar lo que se opone al Reino, animar experiencias concretas de vivencia de los valores del Reino; formas de vida ajustadas al evangelio.

Los documentos del Concilio Vaticano II marcaron la pauta para que la Iglesia se autodifiniera a partir del Reino de Dios, y además para que estableciera su misión y su respuesta dialogante al mundo, también a partir del Reino de Dios.

El acercarnos a estos textos nos permitirá rescatar la dimensión del Reino de Dios, ya que Reino significa en alguna medida la fusión entre la historia y lo trascendente.

³⁶ Cf. BOFF, Leonardo. Iglesia Carisma y Poder. Editorial Sal Terrae, Santander, 1982 pag. 14

1.1. La Iglesia y el Reino de Dios: LG. 5

Según el número 5 de la Lumen Gentium, el misterio de la Iglesia está fundado en algo más grande: el Reino.

La Iglesia se fundó en Jesucristo; en ese Jesucristo que acercó la salvación a los hombres por medio de la predicación y actualización del Reino de Dios, ya que El inauguraba una nueva época para los hombres; esta salvación, ciertamente la realizó de manera integral: sirvió en la vida, no escatimó empeño para dar vida, murió por todos y resucitó, dió continuidad a los apóstoles para que ese Reino se siguiera predicando. La Iglesia, pues, tiene como mandato predicar el Reino de Dios; mandato que proviene de la exigencia de Jesucristo.

Al realizar esta tarea del Reino de Dios la Iglesia está especificando su misión, aún más, se autodifine ella sola.

1.2. El Reino de Dios en el mundo: GS 39

El número 39 de la Gaudium et spes, nos presenta el Reino de Dios como horizonte último; como un dato de fe que relaciona al mundo con la Iglesia. Se relaciona la acción de Dios y el esfuerzo del hombre, aquí se abre una perspectiva de una teología de la esperanza donde se establece un Reino escatológico que reclama una espera de lo último, pero también reclama una actividad en la historia, una cierta tensión operativa que permita un diálogo profundo entre Dios que se acerca y el hombre que se abre a ese acercamiento de salvación; este diálogo se establecen, el único campo posible que Dios nos ha heredado: el mundo, por tanto el mundo es necesario para presenciar e historizar el Reino de Dios. No se puede despreciar

ni huir de este mundo que se nos ofrece como posibilidad de salvación. La Gaudum et spes explica esto con mayor profundidad: “no obstante, la espera de una tierra nueva no debe amortiguar, sino más bien avivar la preocupación de perfeccionar esta tierra... Por ello hay que distinguir cuidadosamente entre progreso temporal y crecimiento del Reino de Dios”.

Con el encuentro de Dios en la historia, el hombre tiene el mandato de re-crear la tierra, se hace cargo de ella, se esfuerza por transformar al mundo y de presentar un mundo más amable; se esfuerza en establecer una mejores relaciones de los hombres entre sí. En efecto, todo este esfuerzo es un pre-juicio acerca del Reino ya que este Reino se presenta como motivación histórica para transformar al mundo con una tensión escatológica de esperar la plenitud y la maduración de este mundo que Dios ha puesto en nuestras manos.

2. La relevancia de la Iglesia en la historia de la salvación.

En todo el desarrollo de la historia de la salvación Dios se ha venido comunicando por medio de personas que han sabido transmitir su mensaje de salvación hasta la venida de Jesús “su Hijo amado” que nos trajo la salvación al mundo. La Iglesia es constituida como “sacramento universal de salvación”(LG 48; AG 5); es decir que como sacramento, es un misterio, que aunque está en este mundo no es de este mundo, sino es un signo dentro de él, hay en ella algo invisible que trasciende lo visible. Como signo de nuestra salvación, y al significarla, es también prenda de ella y como sacramento, “es un signo eficaz, en el sentido de que aquellos que son miembros de la Iglesia y que cumplen con los mandatos de Cristo tienen la firme promesa de alcanzar la meta, que es la salvación.

Ella, como dice la Constitución Lumen Gentium, además, celebra nuestra redención (LG 3) y es “en Cristo” signo e instrumento de la unión con Dios y la unidad del género humano.

El Vaticano II nos dice que Jesucristo es el autor de la salvación, es el principio de la unidad y de la paz, mientras que la Iglesia es el sacramento visible de esta unidad salvadora(Cfr LG 9). Cristo resucitado y exaltado convirtió a la Iglesia, mediante su Espíritu en el sacramento global de salvación y continúa actuando en su Iglesia a través del Espíritu(Cfr LG 59). Esto afirma la supremacía de la Iglesia que “no tiene más luz que la que irradia Cristo”³⁷sobre el mundo. Todo esto en sentido cristológico.

La importancia de la Iglesia como sacramento universal de salvación en sentido escatológico radica en que el Reino manifestado en las palabras, obras, y sobre todo, en la presencia de Cristo se representa en la Iglesia que es “el reino presente ya en el misterio”(LG 3) y el “germen” de este reino en la tierra.

La Iglesia es el pueblo mesiánico que, aunque de hecho aún no abarca a todos los hombres y muchas veces parezca un “pequeño rebaño”, sin embargo, es un germen muy seguro de unidad, de esperanza y de salvación hasta la instauración definitiva del Reino.

³⁷ PIE-NINOT, Salvador. Introducción a la Eclesiología. pag. 38

CAPITULO 5:

APLICACIONES PASTORALES.

El tema de la Iglesia y el Reino de Dios como relación salvífica es un tema que se debe abordar como categoría relacional con algunos tratados teológicos, de los que varios se ven explícitos en el desarrollo del tema, esto para descubrir su verdadero sentido en cuanto al Reino como germen en este mundo y la Iglesia como medio de salvación y de instauración del Reino acá en la tierra.

Solamente así se visualiza con más claridad el elemento de pastoral del Reino de Dios para el mundo de hoy, es decir que en la predicación del Reino ha resultado muy esperanzadora la misión de la Iglesia en el mundo, una Iglesia que dialoga y acompaña a este mundo cambiante.

La Cristología Fundamental considera como algo vital y nuclear la enseñanza y la actividad de Jesús: el Reino de Dios.

Jesús al predicar el Reino de Dios expresó la soberanía de Dios actuando sobre la historia de los hombres. Lo más peculiar de este anuncio es que ese Reino se hace presente , sobre todo, en su persona. Lo realmente primero y último para Jesús fue el Reino de Dios que es también lo primero y último para los Cristianos.

Si relacionamos las características que se desprenden del Reino de Dios con la pastoral de la Iglesia tenemos que :

a) Una de las características es la proximidad, es decir la Buena Nueva anunciada por Jesús está presente en su actuar entre los suyos; Jesús estaba identificado con el Reino de Dios y por lo tanto, la Iglesia, como continuadora de la misión de Jesús, debe seguir este ejemplo; si todas las enseñanzas y acciones de Jesús eran acontecimientos salvíficos del Reino de Dios entre los hombres, lo mismo deben ser las enseñanzas y acciones de la Iglesia y de ahí su pastoral en medio del mundo.

b) La universalidad del Reino de Dios es otra característica, en otras palabras el Reino de Dios que predicó Jesús no era para unos pocos, sino para todos los hombres. Jesús expresa con fuerza la universalidad de su mensaje cuando en su predicación y en su actuación se dirige, con especial esmero a todos aquellos a quienes les era difícil alcanzar la salvación (los pobres, los enfermos, los pecadores, los publicanos, los extranjeros, etc.). Paradójicamente a través de la parcialidad del amor de Jesús que se acerca a los olvidados se muestra la universalidad ; el Reino de Dios llega a todos, pero no de la misma manera, no excluye a nadie, pero prefiere a los que están en desventaja. La pastoral eclesial debe entender las necesidades de aquellos que son excluidos dentro de la sociedad, llevar consuelo a aquel que lo necesita, pero no excluir a nadie sino mas bien haciendo vivencia de su característica de universalidad.

c) Y por último se señala que el Reino de Dios es un hecho presente y es un hecho futuro; el Reino de Dios se está gestando pero no a llegado a su plenitud, está por venir. En Jesús el Reino de Dios está inaugurado, es continuado por medio de la Iglesia y será plenificada en la segunda venida.

Con todo esto se comprende que anunciar el Reino de Dios es anunciar a Dios salvando en la historia, esa presencia de Dios se tornaba más cercana en Jesucristo, ya que a partir de su Encarnación se mostraba la absoluta cercanía de Dios al hombre, cercanía tal que hoy es manifestada por medio de su Iglesia.

Además podemos afirmar que la Iglesia al ser fundada en Jesucristo queda comprendida como Iglesia de Jesucristo y referida totalmente al Reino de Dios queda clarificado el ser y la misión de la Iglesia y el papel que tenemos como continuadores de este Reino, puesto que Dios al crear el mundo, puso como co-partícipe al hombre para seguir recreando el mundo con un horizonte más amplio, un horizonte plasmado en el mas allá que lo lleva a comprometerse con el más acá este horizonte está implicado necesariamente en el Reino de Dios, o sea, con el Reino de Dios, que nos impulsa a admitir la salvación de Dios en nuestro hoy y a hacer presente este Reino.

Por lo tanto, como lo hemos visto, la praxis eclesial es el servicio del Reino puesto que ella constituye una mediación histórica que tiene la taréa de proclamar la presencia y la venida plenificada de este Reino. De aquí que se presenta un criterio fundamental para la praxis eclesial: la Iglesia se proyecta hacia un plan que trasciende y determina su sentido. Aquí encuentra la comunidad cristiana el significado último de sus propios esfuerzos en el notar ya en la historia los valores del Reino : la fraternidad, la unidad, la libertad, el amor, la justicia y la paz. Lo que nos lleva a destacar el Reino de Dios en las relaciones entre los hombres, las cuales deben estar iluminadas desde Dios.

tienen su raíz en la caridad y tienden a la perfección de la misma, pero tomando en cuenta que el fin de la vida religiosa es el mismo de la vida cristiana, es decir: la plenitud del amor de Dios y del prójimo. Con esta solemne convocatoria, la vida religiosa viene colocada en su justo puesto, que es el centro del Evangelio y por lo mismo el centro de la Iglesia. Con esto se afirma que la vida religiosa persigue el mismo de cualquier cristiano, según nos dice San Agustín en su regla: "Quien abraza la vida religiosa no se propone un fin que no tengan los demás; ni busca un bien que los demás no puedan alcanzar; no, simplemente hacen lo siguiente: Esoger un camino que le permita alcanzar más libremente, más eficazmente, y con un mayor compromiso la perfección de la caridad, que es, ni más ni menos, el fin de todo cristiano y la plenitud del evangelio"(Cap. 1). Lo cual significa que los consejos evangélicos vienen a ser un medio para el logro de vida según el evangelio.

Pero la práctica de los consejos evangélicos unen a Cristo, mediante la donación de sí mismo, y por lo tanto hacen presente el Reino, recondando que la consagración a Dios es equivalente a la consagración por el Reino, siguiendo a Cristo, que virgen y pobre (Cfr. Mt 8, 20; Lc 9, 58), por su obediencia hasta la muerte de Cruz (Fil. 2,8) redimió santificó a los hombres.

La Castidad.

Hablamos de este voto religioso basandonos en que la gloria de la virginidad no está en la virginidad como tal, sino en su consagración a Dios. San Agustín afirma: "Tampoco tiene su honor la virginidad por su integridad, sino por estar consagrada a Dios". Sino más bien la idea de la virginidad consagrada comentada en los escritos de San Agustín se verifican los múltiples aspectos y relaciones que le unen a Dios, a Jesucristo, a la Iglesia y a la vida futura:

quiere decir no tener nada en esta tierra en qué poner la esperanza y estar alegres de la posesión de Dios a través de la Iglesia.

La obediencia:

El tercer voto religioso, la obediencia, el o la religiosa, pone de manifiesto una entrega plena de su voluntad a Dios, es por esto que, nos dice el Concilio Vaticano II “se une más constante y plenamente a la voluntad salvífica de Dios” (PC 14). Solamente por la obediencia a la voluntad divina podemos alcanzar al Reino y dentro de la Iglesia, y dentro de la Iglesia, y las congregaciones religiosas por consecuencia, la autoridad debe ser ejercida “pensando siempre que ha de dar cuenta ante Dios” (Regla 46). Esto lleva como inducción al superior antes que nada a sentirse y mostrarse como padre, de lo que se deduce, que la comunidad es una familia y por consiguiente en ella tiene que haber uno que tenga el deber y el oficio de padre ante el que todos deben sentirse y obrar como hijos por lo tanto debe haber una ordenada concordia entre los que mandan y los que obedecen, siguiendo el ejemplo de Jesucristo, que vino a cumplir la voluntad de su Padre (Cfr. Jn. 4, 34; 5, 30; Heb. 10,7) y tomando la forma de siervo (Fil. 2,7), aprendió, por sus padecimientos obediencia (Cfr. Heb. 5,8).

De esta manera la profesión de estos tres votos se convierten en signos del Reino y manifestación salvífica plenificada en Cristo puesto que los consejos evangélicos se realizan tomando como modelo a Cristo, el Hijo de Dios.

CONCLUSIONES.

El Reino de Dios es un criterio apto para comprender la historia y la escatología ya que es el Reino de Dios que significa que Dios está actuando aquí y ahora en la salvación del hombre y es la Iglesia la que, como instrumento de Dios, instaure este Reino en la tierra.

Por otro lado, el Reino de Dios es la salvación que será plenificada en el futuro, lo cual significa para el hombre y la Iglesia un enfrentamiento de las demandas de la historia como don y desafío.

Dicho de otra manera, la Iglesia se realiza en este mundo en espera de lo último, que reclama a su vez una actividad en la historia sustentada en el horizonte último de su acción que es el Reino de Dios. La Iglesia vivirá esa historia empeñándose en las tareas humanas, pero iluminada y encaminada hacia el Reino de Dios. La Iglesia debe responsabilizarse más del mundo y de la historia; puesto que el mundo no está acabado, necesita plenificación, y el hombre es copartícipe de Dios que debe esforzarse en este cometido.

Esta percepción tiene que afectar a la pastoral: la Iglesia debe ponerse a dialogar con el mundo ya que es preciso historizar el Reino de Dios, es decir relacionar el concepto de historia de la salvación con la realidad de el mundo presente, es decir acercar la salvación de Dios y hacerla comprensible a las necesidades y a las inquietudes de los hombres; hacerle comprender el presente con vistas al futuro y, es más, recobrar el sentido de sus existencias a partir del Reino de Dios.

BIBLIOGRAFÍA GENERAL.

1. AUER JOHANN, La Iglesia, Curso de Teología Dogmática, Tomo VIII, Editorial Herder, Barcelona, 1986.
2. BARAÚNA GUILLERMO, La Iglesia del Vaticano II, Segunda Edición. De. Juan Flors, Barcelona, S F
3. BOFF LEONARDO, Eclesiogénesis, Colección Presencia. Quinta edición Santander 1986.
4. BOFF LEONARDO, Iglesia Carisma y Poder, Colección Presencia Teológica 11, Quinta Edición, Editorial Sal Terrae. Santander, 1982.
5. CELAM, III. Conferencia General del Episcopado Latinoamericano. Puebla, Editorial CELAM, Colombia 1979
6. CHARPENTIER ETIENNE, Para Leer el Nuevo Testamento, Segunda Edición. Editorial Verbo Divino, Estela (Navarra), 1982
7. Documentos del Concilio Vaticano II, Trigésima tercera edición, BAC, Madrid 1979.
8. Catecismo de la Iglesia Católica, Editorial. Corripio, República Dominicana, 1992.

9. FEINER JOHANNES y otros, Mysterium Salutis, Manual de Teología como Historia de LA Salvación, IV/2 La Iglesia, Ediciones Cristiandad, Madrid 1984
10. LATOURELLE RENÉ, Teología de la Revelación, Cuarta Edición. Editorial Sígueme, Salamanca 1979
11. La Nueva Biblia Latinoamericana, Edición Pastoral. Ediciones Paulinas, Verbo Divino 1988
12. Nueva Biblia de Jerusalem, Edición Española Desclée de Brouwer, Bilbao, 1975
13. OTT LUDWIG, Manual de Teología Dogmática, Editorial Herder, Barcelona, 1968
14. PABLO VI, Evangelii Nuntiandi, Exhortación Apostólica, Imprenta y Offset Ricaldone, San Salvador, 1984.
15. PIE SALVADOR-NINOT, Introducción a la Eclesiología. Editorial Verbo Divino, Estella (Navarra) 1995.
16. R AHNER KARL-VORGRIMLER HERBERT, Diccionario Teológico. Editorial Herder, Barcelona 1970
17. SOBRINO JON, Cristología desde América Latina. Colección Teológica Latinoamericana, Editorial Crt, Mexico 1976

18 SOBRINO JON, Jesús en América Latina, Colección Presencia Teológica 12, Editorial Sal Terrae, Santander, 1982.